

...y para siempre en la música vive

EL  
“POEMA CORAL DEL ATLÁNTICO”  
DE  
JUAN JOSÉ FALCÓN

POR LOTHIAR SIEMENS HERNÁNDEZ

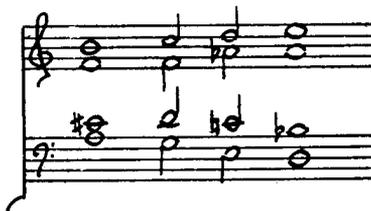
A comienzos de la próxima temporada se estrenará en Las Palmas el “Poema Coral del Atlántico” de Juan José Falcón, interpretado por la Coral Polifónica de la Caja Insular de Ahorros que él mismo dirige. Por diferentes motivos —todos ellos subsanables— Las Palmas no ha sido últimamente centro ni foco de producción musical importante, y dado que las circunstancias de esta situación muerta prevalecen, estimamos que, como primera medida modesta pero saludable, es conveniente volcar nuestra atención sobre quienes aquí trabajan en solitario, sin estímulos alentadores y sí bajo la amenaza de cualquier crítica que no considere ni el hecho de la desconexión cultural de nuestra población —principalmente en cuanto a música actual se refiere— ni la tentadora mediocridad espiritual que circunda, llama y condiciona al artista.

La iniciativa y demanda del “Poema Coral del Atlántico” obedece a la aspiración de un círculo de intelectuales anclados en el modernismo. Nos ocupamos, pues, de la génesis de un problema artístico según la concepción de una mentalidad estética propia de los años veinte. La obra pictórica de Néstor se constituiría en fuente inspiradora. Cada uno de los cuadros sería motivo de una pieza coral diferente, trenzada la música sobre textos *ad hoc*, de cuya confección se ocupó Orlando Hernández. Se trata de unos poemitas de inspiración lorquiana que buscan la belleza a través de imágenes muy coloristas, con impresiones esenciales perfectamente captadas del cuadro y revestidas de una gran imaginación, procedimiento que poco se diferencia del de los autores barrocos cuando com-

ponían letras para ser cantadas en las iglesias (un género literario muy poco estudiado). Orlando Hernández contrasta la dinámica de colores, detalles y conceptos con el estatismo del metro vulgar que emplea, lo que le da un efecto marcadamente **naiv** al conjunto poético, y en esto se hermana también su estilo al de las antedichas letrillas barrocas. Enfrentarse a unos textos de esta índole tiene que conformar necesariamente la música. Representa, con otras palabras, someterse a una disciplina tan austera como la de inspirarse en el lenguaje de un cuadro modernista. Algo ideal, en suma, para un músico de oficio de los que piensan que las limitaciones son excelentes puntos de partida.

El “Poema Coral del Atlántico” que se va a estrenar consta hasta ahora de cuatro cantos, si bien se completará más adelante con cuatro más. Se trata del ciclo completo formado por “El amanecer”, “El mediodía”, “La tarde” y “La noche”. Juan José Falcón, quien atravesó hace años una etapa de entusiasmo wagneriano, ha aplicado a estos poemas unos esquemas armónimos atonales de regusto impresionista. Su frecuente alusión al acorde de quinta aumentada con una “nota extraña” añadida, generalmente la segunda, la cuarta aumentada o la séptima disminuida, nos enfrenta a unos efectos que recuerdan la escala exatónica de Debussy; por eso hablamos de un regusto impresionista. Pero, en todo caso, se trataría de un impresionismo cargado de experiencias atonales muy posteriores, una regresión con nuevos efectos, lo cual se pone especialmente de manifiesto analizando las obras horizontalmente. A pesar de cuantos atrevimientos usa Falcón, la estética de su obra es esencialmente una estética de lo bello, por lo cual mira más hacia atrás que hacia adelante, y puede decirse que se sitúa con pleno acierto en el momento espiritual de los cuadros y de los poemas.

“El amanecer” es una pieza que surge serenamente a partir de un motivo cromático de los tenores. Las demás cuerdas se incorporan con independencia melódica, aunque, cuando conviene, apuntan una imitación del motivo de entrada. El proceso, a base de negras y corcheas en toda la obra, es dilatado y perseverante, muy bien tramadas las voces sobre el siguiente esquema armónico, que luego se transportará a otras tesituras:



Continúa un episodio que encabeza en sólo la cuerda de sopranos, para entrar las demás cuerdas por incorporación sucesiva (un clásico **crescendo**) sin recurrir a imitaciones austeras y sobre esquemas armónicos nuevos, aunque en el estilo del arriba citado. Hay un bello episodio corto en los bajos y otro **crescendo** por incorporación, para desembocar en una tensión final tratando ya el texto homofónicamente en las voces. Termina la obra en un acorde en posición abierta con una incisiva diso-

nancia en los tenores. El efecto de la cadencia, y puede decirse que de toda la obra, es el de un rayo de luz que sale de la penumbra para convertirse en una explosión cegadora, pero bien controlada.

“El mediodía” es un recitativo silábico. En él las pausas efectistas, los cambios de compás y de tempo y los **crescendos** por incorporación sucesiva aparecen distribuidos a lo largo de una concepción armónica sumamente bella, que casi roza con el “kitsch”. Es una pieza de sorprendente elasticidad. Algo dinámicamente muy distinto al “Amanecer” y a “La tarde”, obra ésta que recuerda en su tono sereno a la primera y que se afana en presentar una exposición homófona del texto literario, aunque siempre hay una voz que, en logrado contrapunto, tiende a distorsionar el propósito de las otras tres. “La tarde” está concebida sobre un problema armónico que estriba en dos grupos de quintas paralelas en pugna, a saber (resumidamente):



Las voces tienden a comportarse con arreglo a las leyes tradicionales, cambiando los acordes de posición cuando conviene, y haciendo el autor uso de anticipaciones, retardos, apoyaturas y de un revestimiento melódico justo para evitar efectos burdos que pudieran derivarse de interpretar este esquema llanamente. La cadencia final (“muere la tarde”), con una intromisión inesperada de la cuerda de bajos, es muy lograda.

“La noche” se ambienta con el siguiente tema **ostinato** a cargo de bajos y tenores:



Sobre esta base recitan el texto las contraltos y sopranos, dividida cada cuerda en dos grupos, montando y desmontando un acorde de carácter impresionista:



Se produce un **tenuto** y el recitativo del texto continúa, repitiéndose todo este esquema musical transportado a una segunda superior. Este

aumento de tensión desemboca en un episodio dramático, iniciado con una explosión de semicorcheas que montan, por incorporación sucesiva de voces, un acorde de quinta aumentada con cuarta aumentada añadida, sobre el cual siguen recitando las voces entrecortando el texto con pausas efectistas. Cambia este acorde de posición en las voces y se abre hacia el agudo, para alcanzar una tensión máxima, y a continuación inician los bajos el montaje de otro acorde extraño a aquél, pero de igual naturaleza (esta vez la nota añadida es la séptima disminuida), que expuesto en forma abierta deriva hacia la posición cerrada en el grave. Luego vuelve el motivo **ostinato** y la reexposición de la primera idea, para cerrar la obra sobriamente sin romperse el clima oscuro y medroso que se ha conseguido.

Es ésta una de las piezas más simples y hermosas de cuantas ha compuesto Falcón, y tal vez la más puramente “impresionista” de las cuatro que forman el ciclo que nos ocupa. Es cierto que, como obra final, carece de esa garra efectista que acalora al público y lo predispone para el gran aplauso: es una piecita extremadamente delicada, que más bien invita a su término al recogimiento sereno, al silencio contemplativo. Sobre este particular nos mostraba su preocupación Falcón, dudoso aún sobre el orden que dará a las piezas en el concierto.

Es evidente que Falcón es un compositor intuitivo, gran conocedor del oficio pero poco cerebral al enfrentarse al papel pautado, y que emplea su lenguaje armónico peculiar como si de su natural manera de expresión se tratase. Al crear sus obras tiende a romper las limitaciones que se le imponen. En este caso, no sólo descuidó incluso el preparar una bien controlada reacción final del público, sino ni siquiera tuvo muy en cuenta el carácter “amateur” de su coro, el que se habrá de enfrentar con unas obras nada fáciles de afinar. Cuando se pensaba precipitar el estreno para el mes de julio, Falcón consideró muy seriamente la idea de añadir un cuerpo instrumental formado por dos violoncellos y cuatro trompas que, con sobrios efectos armónicos, ayudaran como apoyo a los cantores. De cualquier manera, al superar el coro de la Caja Insular de Ahorros las notables dificultades de este “Poema Coral del Atlántico”, sus componentes habrán dado un gran paso hacia adelante, y estarán en condiciones de abordar un repertorio mucho más ambicioso que aquél al que las corales de aficionados suelen generalmente limitarse.

Conviene resaltar, por último, que el “Poema” de Falcón, con su estilo nada exento de originalidad, supone una aportación muy notable al repertorio español de música “a capella”. Sería muy de desear que la Caja Insular de Ahorros publicara estas piezas para que alcancen la difusión que bien merecen entre los aficionados a la música coral.